

BERNARDO
ATXAGA

Un lugar llamado Obaba

Un lugar llamado Obaba

Hay muchos lugares dentro de este planeta que gira en el espacio, y yo nací allí donde se asientan los pueblos de Alkiza, Albiztur, Asteasu y Zizurkil, y donde la montaña principal, la que se levanta por encima de otras diez o quince, recibe un nombre que parece italiano: Ernio. En los años sesenta, los cronistas que lo atravesaban camino de la costa o que, más frecuentemente, acudían al lugar para cubrir algún acontecimiento deportivo, se referían a él llamándolo «la Guipúzcoa olvidada»; años más tarde, cuando me convencí de que se trataba de un mundo, y no sólo de un territorio, yo lo bauticé de otra manera: «Obaba».

Suele decirse: «El amor transfigura la realidad». Pero podría ampliarse la idea y afirmar que todo lo que es humano conduce a esa transfiguración. No se vive en vano, no se recorren los días y los años sin recibir las marcas del tiempo; no hay espíritu que no esté *tocado* y no mire de forma particular. Al paisaje, por ejemplo. A las cuevas, a las casas, a las piedras. A las piedras de los caminos y, en mi caso, a las que utilizaban los *harri jasotzaileak*, los «levantadores de piedra». Donde los cronistas veían una competición deportiva marginal, un tanto pintoresca, yo percibía casi siempre un drama: la lucha entre dos jóvenes que un día habían sido amigos y que, tras una discusión sobre cuál de los

dos tenía más fuerza, eran empujados a una competición en la que se apostaban millones y en la que no solían faltar episodios oscuros: trampas, traiciones, el suicidio de algún jugador que, ¡ay!, había confiado demasiado. Y lo que me pasaba con las piedras y las apuestas me pasaba con todas las cosas, todas las vidas.

Cuatro historias y un paisaje no hacen, sin embargo, un mundo. Se requiere para ello que las cuatro historias, o las cuatro mil, tengan una misma cualidad y estén en consonancia, que respondan a una única forma de sentir y de pensar. Ésa era, ciertamente, mi impresión: que los habitantes de Alkiza, Albiztur, Asteasu o Zizurkil bailaban todos al mismo compás y con la misma melodía.

Rural, ésa fue la palabra que en un primer momento me pareció clave; la que mejor definía el lugar donde me había tocado nacer. Parecía bastante buena: bastaba con pronunciarla para que en la mente del interlocutor se formara la imagen de un paisaje en el que se sucedían los manzanales y las praderas verdes, los bueyes y los carros, los hombres con boina y las mujeres con el pañuelo atado en la cabeza. Pero había un problema. Lo supe nada más llegar al colegio, al ver el trato que los chicos de la ciudad nos daban a los de los pueblos. Quien no era «borono» era «aldeano», «palurdo» o «*cashero*». Estaba además lo del olor: «Hueles a mierda de vaca», me espetó un compañero de clase el día que ambos chocamos en el campo de balonmano. Por su idea sobre los que habíamos nacido en la Guipúzcoa olvidada y porque, a la sazón, no debía de conocer el significado de *boñiga*. Quien sí lo conocía era un periodista de extrema derecha que, unos años después, escribió un

cuento supuestamente situado en aquel pueblo mío, Asteasu. Él lo llamaba «Boñiga de Arriba».

Un pintor alemán escribió: «No voy hacia la luz, es la oscuridad lo que me empuja». La necesidad de nombrar y definir bien mi lugar natal tuvo quizás ese primer impulso, el de zafarme de aquel «rural» que tantas connotaciones negativas arrastraba. A nadie le gusta estar expuesto al insulto fácil, a la agresividad de quienes «por nacer en París —que diría Colette— se sienten marqueses»; no es agradable andar por la vida con un estereotipo clavado en la espalda, a merced de los tontos.

Afortunadamente, no me topaba sólo con lo negativo; también me alcanzaba la luz de aquel mundo. Una vez, cuando subía con mis amigos de la universidad a la fiesta que todos los domingos de septiembre se celebra en el monte Ernio, vimos aparecer frente a nosotros a unos muchachos que bajaban por la pendiente engalanados con cintas de colores. Pasaron a nuestro lado como una exhalación, saltando de una piedra a otra, riéndose entre ellos, haciendo volar sus cintas. Parecían bailarines.

Diciéndolo con una palabra que entonces me gustaba utilizar, el encuentro fue inefable. Me produjo la misma rara alegría que la lectura, meses antes, del poema «Fern Hill» de Dylan Thomas: «Cuando era joven y libre bajo las ramas del manzano, cerca de la casa cantarina...». Aquel mismo día, al llegar también nosotros al Ernio y comprar nuestras cintas, vimos que dos mujeres ya mayores se acurrucaban junto a una de las cruces de la cima y encendían una vela. Luego se pusieron a rezar. «*Guk lehengo obiturei eusten*

diegu» —«Nosotras seguimos con las viejas costumbres»—, nos dijo la más anciana con timidez. Uno de mis amigos, que estudiaba para arquitecto y acudía a las conferencias de Jorge Oteiza, se inclinó hacia mí y me dijo al oído: «¿Te das cuenta? Están celebrando un rito funerario. Por eso hay aquí tantas cruces. Porque se trata de un cementerio». También aquello era extraño, inefable. Un cementerio en la cima de un monte, a más de mil metros de altura. Volví a mirar a las mujeres. Estaban atando sus cintas —rosas, azules, blancas— en un brazo de la cruz.

Experiencias como aquélla me bastaron para comprender lo poco que de la realidad recogía la palabra *rural*. No daba una idea de lo que era aquel mundo, aquella Guipúzcoa olvidada. Era como afirmar que se trataba de «un sitio montañoso» o «verde». Pero yo no sabía con qué sustituirla, y seguí haciéndome preguntas. Descubrí entonces lo dramático, o, si se quiere, lo siniestro...